2n Festival literari
Castell de Canyelles

Relat: Las hermanas Rosales

Autor: Beatriz Alejandra Chekaloff

Categoria: Castellà

Premi del certàmen:
obra de l'escultor i artista
Francesc Barceló

Ajuntament de Canyelles

Diputació Barcelona

LAS HERMANAS ROSALES

Beatriz Alejandra Chekaloff

Cuando el ritmo de su respiración retomó la calma y sus corazones dejaron de latir desmesurados como el galope de un caballo desbocado, recién entonces, pudieron mirarse. Escucharon a lo lejos los ladridos desesperados de los perros, que por las noches espantaban a los lobos que iban a comerse a las ovejas. Pensaron para sus adentros que aquello que habían hecho hacía apenas diez minutos, había sido un acto de justicia.

Las hermanas Rosales habían nacido juntas, iguales y el mismo día, eran gemelas. Nunca en aquel pueblito perdido en la cordillera, había sucedido un hecho semejante, que una mujer pariera el mismo día a dos criaturas exactamente iguales. A las gemelas, las había parido Doña Carmina, una noche estrellada de verano. Se aterró al ver a aquellas criaturas idénticas, su primera reacción fue de espanto. Creyó que la habían engualichado. Las chicas nacieron en la única cama que tenían, con ayuda de una matrona que fueron a buscar a último momento cuando Doña Carmina comenzó a gritar de dolor y repetía que estaba poseída, que alguien le había metido dos criaturas adentro del cuerpo.

Aquel pueblito en la cordillera tendría unos cien habitantes, incluso contando a los González, a los Soto y a los Rosales, que vivían arriba en la montaña, casi perdidos en el medio de la nada. Cada tanto bajaban al pueblo a caballo a comprar comida o curiosear la llegada de algún personaje importante y a votar. Solo por eso es por lo que, a esos vecinos olvidados en la montaña, se los contaba como habitantes de aquel paraje perdido. Una salita de primeros auxilios, una escuela con grados agrupados, la policía, una iglesia pequeña y la casa del intendente componían aquel cuadro pintoresco, que bien podía corresponder a un pueblo del siglo pasado, pero, paradójicamente, pertenecía a este. Leleque había quedado detenido en el tiempo, alejado de todo, y con poca población, no representaba en números el poder que tienen las masas para los políticos. Eran apenas unos vecinos más, olvidados en aquel rincón del planeta.

Doña Carmina quedó embarazada de las relaciones esporádicas que tenía con su medio hermano Juan, que a su vez era hijo de dos primos hermanos. En aquellos lugares, las relaciones sexuales entre familiares no se veían como incesto, simplemente sucedían, con la naturalidad que solo da la ignorancia.

Las gemelas Rosales se convirtieron en personajes célebres entre sus vecinos. Iban en caravana, desde el pueblo hasta el ranchito perdido en el monte, a conocer a esas criaturas raras que se les había ocurrido nacer juntas, el mismo día y a la misma hora. Además de estar calcadas, habían nacido pequeñas, con el cuerpo desproporcionado y un rostro que despertaba espanto. En efecto, eran dos bebés, pero con cara de hombre adulto. Tenían las facciones gruesas y habían nacido con tanto pelo que hasta le hicieron una trenza para distinguirlas. Tenían pelusa en la barbilla y hasta dientes.

De un innegable parecido a su padre, supieron ser, por muchos años, una visita obligada de lugareños y foraños que venían de muy lejos para ver con sus propios ojos a las gemelas Rosales. El verano en que nacieron, se reunió tanta gente que tuvieron que acampar alrededor del ranchito, esperando el turno para conocerlas. Hasta subieron vendedores ambulantes vendiendo cintas rojas para el mal de ojo, amuletos de la suerte para entrar a ver a las niñas y fórmulas magistrales que prometían que jamás parirías dos hijos juntos. Era tanto el gentío que el intendente pensó en nombrarlas ciudadanas ilustres y así lograr más votos en su reelección.

En aquel lugar desolado crecieron a los ponchazos, nadie podía distinguirlas, ni siquiera su madre, y como su aspecto asustaba, crecieron bastante solas. Rodeadas siempre de animales domésticos y salvajes, caminaban descalzas por el patio corriendo a las gallinas y a los patos y se quedaban dormidas entre las ovejas acurrucadas en algún rincón del establo. Se pasaban horas jugando con las liebres que adoptaban como a hijos y, en las tardes de verano, se ponían hasta arriba de barro construyendo utensilios para jugar. Estaban aisladas del mundo y solo se relacionaban con los González, los Soto y los Rosales, únicos habitantes de aquella montaña. A medida que fueron creciendo, se fue haciendo más notoria la desproporción de su cuerpo: tenían las piernas cortas, regordetas y muy chuecas, los brazos muy largos y flacos, y un tronco casi sin cuello. Parecían padecer una especie de enanismo, no crecían; a los cinco años parecían de dos y a los diez de cinco. Eran extremadamente tímidas y solo se relacionaban entre ellas. Cuando algún desconocido les hablaba, se lo quedaban mirando como si no lo entendieran y jamás nadie las escuchó pronunciar palabra alguna delante de extraños.

La vida de los González, los Soto y los Rosales era muy peculiar. Se relacionaban solo entre sí. Muy pocas veces bajaban al pueblo. No inscribían a sus hijos cuando nacían y tardaban en mandarlos a la escuela. Cada tanto, subía una enfermera de la salita que los conocía a todos de memoria, revisaba a los niños más pequeños e intentaba persuadirlos para que los vacunen y los manden a la escuela. Las mujeres quedaban

embarazadas casi con regularidad, no existía la anticoncepción y la sexualidad se vivía como un acto casi animal. Cuando un hombre tenía la necesidad de estar con una mujer, iba y la tomaba, sin importar ni la edad, ni el parentesco que los unía. Las hermanas Rosales crecieron en aquel contexto y todo lo que sucedía allí, lo vivían con una naturalidad que asustaba.

Las gemelas empezaron el colegio a los nueve años. Bajaban a caballo hasta la escuela y lo dejaban atado en el palenque de la entrada. La directora había dispuesto que construyeran algunos para que los alumnos que asistían a caballo pudieran atarlos. Los animales esperaban sujetos al palenque y, dos por tres, muertos de hambre, se escapaban, porque se sabían de memoria el camino hasta su casa. Varias veces las gemelas renegaron por tener que caminar más de una hora. En la escuela, las hermanas no se relacionaban con nadie y casi no se comunicaban con la maestra. Les costaba aprender y, si les decían algo que no les gustaba, se empacaban como una mula y no había dios que las sacara de aquel estado. Hicieron tres veces primer grado y no hicieron un cuarto porque la maestra se había empeñado en que aprendieran como sea a leer y a escribir, así que a los doce años lograron empezar segundo. Fue difícil integrarlas con sus compañeros, primero por la diferencia de edad, y luego porque los niños algunas veces eran crueles. Se fueron aislando cada vez más, no hablaban y, a medida que fueron pasando los años, el carácter se les fue endureciendo aún más. En ese contexto las gemelas fueron perdiendo contacto con el exterior y encerrándose cada vez más en su mundo.

Tampoco tenían una vida fácil allí en la montaña. Entre otras cosas, su madre se había obsesionado con enderezarles las piernas. Una vez al día les ponía una faja bien ajustada desde la cadera hasta los pies para arreglarles las piernas chuecas. La enfermera había tratado de explicarle, una y otra vez, que las niñas habían nacido así y que esa faja no enderezaría jamás las piernas de las chicas, pero Doña Carmina tenía el mismo carácter que las gemelas, así que insistió con aquel método, estaba segura de que de alguna manera las enderezaría. Nunca logró su cometido, lo que sí consiguió fue que las gemelas huyeran despavoridas cada vez que la veían agarrar las vendas. Se escondían en el monte hasta que Doña Carmina se quedaba sin voz, jurando a los gritos que cuando las agarrara las ataría un mes entero en la cama con las piernas vendadas para que no volvieran a escaparse. Cuando el sol caía, las hermanitas volvían a su casa, prometiéndole a su madre que al día siguiente se dejarían vendar sin chistar, pero al próximo día repetían la hazaña.

Los vecinos de los Rosales tampoco tenían una vida fácil. Los Soto eran tres hermanos que se habían criado prácticamente solos, su madre había muerto en el parto del último y a su padre lo habían matado hacía pocos años en un ajuste de cuentas entre vecinos. Eran dos varones y una chica que con diecisiete años ya había parido dos hijos. No estaba muy claro quién era el padre de aquellos niños. Lo que se sabía era que Don Soto, moribundo en el hospital, murmuraba que quería despedirse de sus cinco hijos. Nunca se supo si eran desvaríos previos a la muerte o una verdad macabra.

Los González eran doce, una multitud para el poco espacio que tenían para vivir. La casa tenía dos piezas grandes, en una estaba la cocina y una mesa larga de madera con sus bancos, y en la otra dormían los doce integrantes. Con el baño adentro, la casa de los González era la más grande de la zona. La Sra. González había concebido a sus diez hijos en aquella pieza y los había parido en ese mismo lugar. El Sr. González trabajaba de sol a sol para alimentar a toda la prole. En el pueblo se contaban muchas historias sobre él, le tenían mucho respeto, al parecer tenía pocas pulgas y en su historial cargaba con varios muertos. Había nacido en España, en Canyelles, un pueblito perdido en los montes de las costas catalanas. Las malas lenguas contaban que Don González se había escapado a la Argentina y hasta se había cambiado el nombre, al parecer no se apellidaba González, sino Puig. Era todo un misterio el motivo por el cual dejó su tierra, lo que sí se sabía es que cuando bebía lloraba y repetía que añoraba Canyelles y balbuceaba en su idioma natal: *No vaig voler fer-ho, no vaig voler fer-ho*.

En ese entorno de tanta pobreza, las familias apenas tenían para comer. La mayoría no sabía leer ni escribir y sobrevivían como podían a los embates que se presentaban con regularidad, casi sin excepción. En ese ambiente tan complicado y de tanta desigualdad e ignorancia, crecían y se desarrollaban las gemelas. En una cordillera latinoamericana alejada del mundo, la falta de educación y la pobreza crearon sociedades condenadas a la desigualdad.

Las hermanas Rosales se fueron convirtiendo en mujeres, se desarrollaron muy jóvenes y poco a poco sus cuerpos de niñas se fueron transformando. Aparecieron las curvas, los pechos turgentes y el aroma potente a mujer de campo. Ellas eran imperturbables, seguían jugando como dos niñas con sus animales y nada hacía pensar que su vida cambiaria drásticamente. Los hermanos Soto inevitablemente pusieron sus ojos en ellas, las veían pasar todos los días cuando salían de la escuela y, poco a poco, se fueron obsesionando con las hermanas. Las espiaban escondidos

detrás de los arbustos, las seguían cuando se iban a la escuela y alimentaron a un monstruo que fue imposible de frenar. Las gemelas, incómodas, se lo contaron a su madre. Doña Carmina decidió inmediatamente sanear el problema, le fajó los pechos a ambas con la misma venda con que les fajaba las piernas, las apretó tanto que estaban azules y casi no podían respirar. Las chicas se quejaron y, mientras les aflojaba un poco el vendaje, les decía: ¡no hay que tentar al diablo, ni a los hombres! Como si ser mujer fuera un pecado.

Una tarde de tantas, como dos animales aguardando a una presa, los Soto las esperaron a mitad de camino entre la escuela y su casa. Sin preámbulos ni violencia, y sin ni siquiera resistencia, saciaron sus instintos más salvajes con las hermanas Rosales. En silencio, como siempre, las gemelas se entregaron a su destino. No había manera de torcer lo que ya estaba escrito para todas las mujeres del lugar. Ser mujer allí era entregarse más tarde o más temprano a los instintos más bajos y crueles del ser humano. Con suerte un día, hasta llegaban a querer a un hombre, que tampoco elegían… allí el patriarcado se vivía desde el principio hasta el final.

Cuando los hermanos Soto descargaron con premura y en un acto casi salvaje su deseo animal, las hermanas Rosales se sacudieron la tierra de sus ropas, se subieron al caballo y, en un silencio casi sepulcral, partieron hacia su casa. Allí las estaba esperando Doña Carmina para sacarles la faja del pecho y hacerles cumplir con el ritual de cada día. Esta vez no se resistieron a la obsesión de su madre y se entregaron sin más. Abatidas, pero no doblegadas, planearon en susurros el final de su tarde. Cuando por fin su madre las liberó, se dirigieron hasta el galpón donde tantas veces la vieron matar pollos y gallinas. Tomaron las navajas con las que Carmina degollaba a los pollos y, sin una sola mueca en su cara que demostrara preocupación o miedo, se dirigieron a la casa de los Soto. Los dos jóvenes estaban tirados sobre el pasto tomando los últimos rayos de sol del día. El ocio en el campo es un arma de doble filo. Las gemelas se acercaron en silencio y, con una seguridad jamás vista, los degollaron como a los pollos, con un corte preciso. Sin titubear, sin espantarse y con una fuerza que sabe dios de donde sacaron, los subieron al caballo y los llevaron de tiro hasta un descampado.

Ya había anochecido cuando dejaron a los Soto tirados entre las ovejas en el medio del monte. Corrieron sin tregua hasta su casa. Cuando el ritmo de su respiración retomó la calma y sus corazones dejaron de latir como el galope de un caballo desbocado, recién entonces pudieron mirarse. Escucharon a lo lejos los ladridos desesperados de los perros que por las noches espantaban a los lobos que iban a

comerse a las ovejas. Pero esa noche los lobos no comerían ovejas, las hermanas Rosales les habían dejado otro manjar.

Ajuntament de Canyelles